



## EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.  
Apartado 547.—Teléfono 1843

## SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER  
Sección vermouth.

JAVIER BUENO  
Yo admiro al capitán Sánchez.

EL DOCTOR BOMBARDA  
Toquecitos.

CLEMENTE DE CASTRO  
Aventura.

JOSÉ MOREIRA  
El alquiler.

JACINTO CARMIN  
La boda del viejo.

ANTONIO GASCON  
...Y vamos tirando.

TOMÁS CAMACHO  
Suceso...

FELIX RECIO  
La mancha.

A. SERRA CUBELLS  
La experiencia.

LUIS DE OSSA  
Los timos del amor.

FERNANDO AMADO  
Las cartas que se retrasan...

TOVAR  
y DEMETRIO

Varios dibujos y retrato de  
Candelaria Medina

CANDELARIA

MEDINA

"La llave,, de las caras bonitas



5 cénts.

# SECCION VERMOUTH

CON verdadero asombro he visto que durante la semana anterior, no se ha celebrado ninguna Asamblea ni Congreso, excepto el de los diputados, que más que Congreso es una especie de la gozamos con vaselina color rosa de Jericó.

Porque habrán ustedes observado que la monomanía assembleísta se va extendiendo de un modo alarmante. Antes, las había de partidos políticos, de Corporaciones científicas, de Apremiaciones Mercantiles..., pero ahora, todo el mundo se siente congresista, y hay comicios de cazadores, de codorniz, de coleccionistas de billetes de tranvía y de tocadores de guitarra con cejuela.

El motivo de tanto concilio es buscar un

pretexto para correr una juerguecita; ferrocarriles á precios reducidos, giras, banquetes, y tal cual cana al aire fuera del hogar doméstico. Nunca hubo en Madrid tanta adoración á Venus Pagana, como cuando el famoso Congreso Eucarístico. Es un dato ó si quieren ustedes un Besada, para la historia de los Congresos.

Y, claro es, con tanta asamblea estamos quedando muy mal los que no convocamos una. Yo he meditado sobre este y al fin tropecé con una idea, que aunque me esté mal el decirlo es de primísimo carterello.

Vamos á ver. ¿Qué les parecería á ustedes, ¡oh, baratos! (no siempre han de ser caros), lectores de LA HOJA DE PARRA, la celebración de un Congreso de aficionados al bello sexo? ¿Eh? ¿qué tal la «ideica»?

El programa podía ser de una importancia y una trascendencia verdaderamente extraordinaria, y creo que el éxito, en cuanto al número de representantes, había de superar á cuantos se han celebrado hasta el día, porque si así no fuese, sería cosa de poner un taller de planchado y renunciar á las pompas y vanidades de este pícaro mundo de invertidos.

Problema arduo y de difícil solución sería el de ponerse de acuerdo la Asamblea sobre lo que se entiende por prototipos de perfección femenina. ¿Son las morenas, las rubias ó las entreveradas? ¿Qué



Bla.—¡No, eso, no... Si yo he consentido en dejarme retratar en este traje, ha sido confiada en lo mucho que tiene usted de artista!

El.—Perfectamente, señora; pero en este momento no puedo dominar lo mucho que tengo de hombre.

es lo que al hombre sugestiona primordialmente, la belleza ó la hermosa? ¿Lo plástico ó lo espiritual?

Otro punto á discutir: ¿Qué región del cuerpo es la que atrae más, á primera vista? (porque después ya sabemos cuál es la

### ALTA SOCIEDAD



*La más joven.*—¿Qué penal, ahora con el calor se cerrarán los salones.

*La señorita de la casa.*—¡Ah! yo pienso seguir recibiendo todo el verano.

fundamental, si bien se dan casos de que hay quienes prefieren otras). ¿El pie? ¿el cuello? ¿la pantorrilla? ¿los grifos de nutrición? *Ecco il problema*, como decimos los italianos del barrio de Pardiñas.

Supongo que las opiniones serían muy diversas, pero el debate se mantendría siempre elevado, porque si no se mantiene en esta tesitura hablando de tales cuestiones ¿para cuándo se va á dejar la elevación?

En mi humilde opinar, el Congreso se debía dividir en secciones, como ocurre con los demás; y al solo objeto de que las respectivas ponencias llevasen al Pleno sus conclusiones ya estudiadas. Podía haber varias denominadas por ejemplo: «Viudas en estado de reincidir», «casadas volubles», «jamonas apertitosas», «tobilleras precoces», «ídem adelantadas». Cada congresista se inscribiría en la sección que fuese más de su agrado, y con arreglo, como es lógico, á sus gustos y aficiones, y en la discusión de estas ponencias se se-

guiría el sistema tan conocido de todos: Un asambleista presenta una proposición, otro la apoya, y así sucesivamente.

De lo que estoy completamente seguro es que las sesiones habrían de estar concurridísimas de público, femenino naturalmente, porque es al que interesaría esencialmente lo que allí se tratase y hasta habría aplausos y silbidos según las teorías expuestas por los oradores.

¿Que uno se mostraba admirador de las metiditas en carne?, pues á la salida las delgadas le arañarían fieramente, en tanto que las rechonchetas le dirigirían tiernas miradas de obligada gratitud, y aun puede que algún ósculo amoroso.

En fin; yo espero que este Congreso ha de ser de fructíferos resultados y que con arreglo á lo que allí nos juramentemos á

### EL ANÓNIMO



*El marido (leyendo aparte).*—«Tu mujer te la pega...» ¡Dios mío! ¿Qué quieren decir estas misteriosas palabras?

ejecutar, procederemos todos en lo sucesivo.

O lo que es lo mismo: que cada cual hará lo que le dé la real gana, que es lo que ocurre con todos los Congresos y Asambleas del mundo.

Un pequeño REPORTER

## Yo admiro al capitán Sánchez

Cuando todos se indignan contra el capitán Sánchez, cuando todos le increpan y desean que le ahorquen (no querría influir desde LA HOJA DE PARRA en el ánimo de sus asiduos lectores los se-



—¡Qué gustos más raros tiene ahora Pepel ¡Y menos mal que no deja huella en la boca!

ñores magistrados); cuando, como digo, todo el mundo anda buscando delitos de qué acusarle, yo confieso que siento por él una gran admiración.

Mi admiración no es por lo que llaman «belleza del crimen», como diría cualquier cultivador de la paradoja, sino por las buenas cualidades de padre que ha demostrado el capitán. ¿No es admirable ver cómo trató de hacer de sus hijas, apenas tenían diez años, mujéres de su casa? Tanto á María Luisa como á Manolita, según cuentan los periódicos, las abrió los ojos para que no pecasen por inocencia. Y nada

de teoría; práctica, para que no ignorasen nada de lo que una mujer hecha y derecha debe saber.

Los modernistas pretenderán que debiera haberles enseñado otras cosas, como, por ejemplo, la taquigrafía, la contabilidad y la máquina, pero hemos de convencernos de que todo eso en España ofrece poco porvenir. Y es lo que diría el capitán:

—Con las caras bonitas que el Todopoderoso ha dado á mis hijas y con mi esfuerzo, tienen un gran porvenir por delante.

La carrera de la mujer, esto lo saben las madres, es el matrimonio, y para esta carrera preparaba el capitán á María Luisa y á Manolita. Y las lecciones no fueron desaprovechadas. María Luisa hacía la carrera con gran aprovechamiento. Manolita, en cambio, era más discolpa y menos aplicada. Se ha quejado al juez, dando pruebas de desagrado, de los malos tratos de su padre. No le deben hacer caso; si le hizo daño fué por su bien, pues, ya lo dice el refrán: «la letra con sangre entra.»

Pero, ¿de qué sirve que una mujer tenga buenas condiciones para la carrera, si luego es despilfarradora y no sabe sacarle provecho á su arte? Para evitar esto, velaba el capitán. Ya le hemos visto arrebujadito en una capita vieja, en pleno invier-



La suegra.—¿Ha dicho usted dignidad?... Usted no tiene ni tanto así.

La hija.—¡Mamá, que te quedas corta!

no, desafiando el viento y la lluvia, en espera de que María Luisa abandonase la Academia de la Costanilla, donde se ocupaba en las labores propias de su sexo.

Decididamente, Sánchez era un gran padre. No solo no renegó de sus hijas, como

### CRIADA NUEVA



*El señor.*—Tiene usted cara de inteligente y se ve á primera vista que ya ha servido.

*La criada.*—¡Ay! ¿Quién le ha dicho al señorito que he tenido una niña.

hacen otros sinvergüenzas, sino que quiso ser padre de los hijos de sus hijas. ¿Se puede pedir más desarrollo del sentimiento de la paternidad? Conozco á una señora soltera, muy virtuosa, un poco fea, pero muy simpática, que participa de mi opinión respecto al capitán.

—¡Quién hubiera tenido un padre como éll—me decía tristemente—. Un hombre que quiso dar á sus hijas todos los gustos...

Si este artículo llega á tiempo, ruego á los señores jueces que lo tengan en cuenta antes de dictar el fallo. El capitán Sánchez habrá descuartizado á Jalón, pero, un hombre que tan cariñoso se mostró siempre con sus hijitas, bien merece alguna indulgencia.

Javier BUENO

**Toquecitos** Refiere el doctor Alonso López Pinciano, médico de Carlos I, que reprehendía un prior á un súbdito suyo y nuevo, predicador, quien en un sermón de las vírgenes, anduvo sobradamente virginal; porque dirigió en él muchos apóstrofes á ellas, diciendo que las amaba y las quería, y que era de ellas muy devoto, y que deseaba vivir y morir con ellas; y cosas de este jaez dichas más con simplicidad que con deshonesto celo.

Mas no bastó su buena voluntad á impedir que los oyentes murmurasen y la murmuración llegase á los oídos del Prelado, el cual dijo después al predicador, que de allí en adelante mirase cómo hablaba en aquella materia; y le dió las razones.

El predicador se indignó de verse reprendido, y repuso colérico:

—Pues bien, padre nuestro, hay más que decir; y afirmo otra vez que amo á las vírgenes y que vírgenes las quiero.

El padre superior respondió con mucha flema:

—Y yo también, mas no lo pido á voces y en el púlpito.

∴

Riéndome mucho ayer de la casada Juanita, que choca por lo chiquita, atrevióse á responder:

—No rías con esas ganas que aunque ves que soy así, se puede sacar de mí una docena de Juanas,

∴

Amo y criado.

—¿Llevaste el encargo á mi esposa?

—Sí, señor.

—¿Y qué te dijo?

—Que fuese al cuerno.

—¿Y tú qué has hecho?

—Venir á ver á usted.

El doctor BOMBARDA

Leed en EL LIBRO POPULAR  
LA VENDA

obra completa por  
MIGUEL DE UNAMUNO

20 céntimos

**Aventura** ¡Qué noche más horrible! Hubo un instante en que ví comprometidas mi existencia ó mi reputación de hombre formal.

Cuando sonó el timbre del hotel creí que el cielo se me venía encima y hubiera deseado en aquel instante que la tierra hubiese mostrado un resquicio por donde poder sumirme.

Esa pícara de Enriqueta tuvo la culpa.

Desde mediados de temporada viene pi-diéndome que la haga una obra para su

—Es para mí cuestión de honor. ¿Tiene usted algún asunto pensado?

—¡Ya lo creo! ¡Muchísimos!

Y le referí uno que le pareció delicioso.

—¿Cuánto tiempo tardaría usted en hacerlo?

—Dos días.

—No me fio. ¿Quiere usted constituirse en prisionero mío? Venga usted á mi casa á trabajar.

—¿Al hotelito de la Guindalera donde..?

—Sí, hasta pasado mañana puede ser mi huésped.

Y como el hombre es débil, allá fué el hombre.

El primer día y la noche no levanté cabeza.

La encantadora tiple que me tenía secuestrado, me trató á cuerpo de rey; tuve todo lo que necesitaba: comida espléndida, confort delicioso, toda clase de bebidas, y papel, mucho papel.

A la segunda noche, y cuando ya estaba próximo á terminar la pieza, no tuve ánimos para seguir, y á las dos de la madrugada se me ocurrió meterme en el lecho dispuesto á recobrar energías para terminar y lleerle á Enriqueta la obra antes de que almorzáramos.

Pero apenas había terminado de desnudarme, suena el timbre del hotel, y yo que conozco la clase de persona de que se trata, me echo á temblar.

La misma Enriqueta comprendiéndolo así, me impulsó á escapar.

Todo eso de los armarios, los balcones, los cuartos oscuros y meterse bajo la cama, es cosa que no puede ocurrir más que en las novelas picantes. La realidad tiene exigencias brutales y era de todo punto imposible que yo permaneciese en ningún sitio del hotel, puesto que todo sería registrado.

Cogí la ropa y salí precipitadamente por la escalerilla del comedor... ¡Oh, Providencia! En el patio estaba el coche de En-

## COMENTANDO LO DEL CRIMEN



Una comadre.—Y diga usted, señor Higinió, si se prueba que también ella le hizo piazos la tendrán que afusilar ¿verdá?

El zapatero.—¿Afusilarla? ¡¡A buena hora mangas verdes!!

beneficio; yo se la prometí, pero la pereza, que es la madrastra infame de todos los escritores, se empeñó en dejarme mal, como siempre. ¡Y cuidado que Enriqueta se merecía ese favor como tiple... y como mujer!

Por fin, al llegar este mes en que la temporada va vencida y en que todos los artistas se aprestan á organizar sus beneficios, Enriqueta me exigió formalmente el cumplimiento de mi palabra.

No sé qué pretexto inventé para justificar mi falta; lo que ocurrió fué que Enriqueta me dijo:

riqueta desenganchado y en él me metí con todo el equipaje.

Un momento después atravesaba el patio la persona á quien yo temo más en el mundo.

Desde mi escondite la vi pasar y al cabo de diez minutos las luces que observé por las ventanas de la casa, me dieron á entender que había empezado la *requisa*, sin la cual jamás se acostaba la persona que

## LAMENTACIÓN



—¿De qué me sirve á mí que en la calle me echen pipos los hombres? ¡Aquí quisiera yo que los echaran!

nos había sorprendido, y que fingiendo un viaje, quiso dar aquel golpe de efecto.

Quando se hubo extinguido la luz, yo que tiritaba de frío, comencé á vestirme dentro del coche, me acurrugué en el interior y me dispuse á dormir. Eran las tres de la madrugada.

A las seis, cuando empezó á clarear, le di un duro al portero que me abrió la verja para salir.

¡Un durull!

¡Más caro me creí yo que iban á salirme aquellas tres horas de cochel...

Clemente de CASTRO

## El alquiler

Apoyada ligeramente en una silla, cubiertas sus espléndidas formas por un peinador de tela casi inconsútil, que dejaba adivinar las magnificencias de su arrogante pecho, amén de otras redondeces no menos arrogantes, y sonriendo de una manera entre lasciva y humilde, lo que lo servía para lucir al través del rubí de sus labios la blancura nacarada de unos dientes incomparables, la dulce Elena esperaba en silencio á que su visitante tomase la palabra.

—Ruego á usted que me dispense—rompió al fin el pobre hombre, con un balbuceo completamente cómico—. La doncella me ha hecho pasar á esta habitación y el caso es que podía haber esperado en la antesala...

—¡Oh! lo mismo da. ¿Es que me encuentra usted vestida con cierta... economía? No se asuste. Dentro de casa me gusta la sencillez en todo... Ahora si le molesta á usted esta desprecupación, tenga la bondad de decírmelo.

—No, no señora, no me molesta... Todo lo contrario.

—Entonces hablemos. ¿Cuál es el objeto de su visita?

El visitante bajó la cabeza y empezó á dar vueltas al sombrero entre sus manos temblorosas.

—Soy un dependiente del amo de la casa.

—¿Conque un dependiente de...?

Y al decir esto, presa de un acceso de loca hilaridad, dejóse caer Elena sobre el respaldo de la silla acentuando provocativamente la curva de su seno escultural.

—¿Y qué viene usted á hacer en mi casa?—preguntó serenándose.

—Pues... entregarle este recibo... Se trata de los alquileres que debe usted... Y antes de proceder judicialmente...

—¡Ah! ¿Se trata de obligarme á pagar?...

—Creo que sí.

—Pues, hijo mío, ninguno de los propietarios en cuya casa viví anteriormente tuvo la desfachatez de pedirme nunca un céntimo.

Y tendiendo su bonita mano, añadió con una sonrisa irresistible:

—Bueno, deme usted ese papel. Tengo curiosidad por conocerlo.

—El dependiente vaciló.

—¿No puede usted dármele? Entonces, acérquelo siquiera y lo leeré en sus propias manos.

El dependiente acercóse temblando y Elena se dejó caer sobre su hombro derecho, acariciándole la cara con sus dorados

rizos y envolviéndole en una peligrosa atmósfera de voluptuosidad. El pobre hombre se puso encarnado, abrió los ojos con un gesto suplicante y entregó el papel que bailaba en sus dedos como una hoja seca.

Elena dejó escurrir un poco su cabeza hasta colocarla sobre el pecho del infeliz dependiente y le dijo con dulce voz:

—Vamos, hombre, cálmese usted. Después de todo la cosa no tiene importancia.

—Es que... —murmuró él— es que estoy muy emocionado... La hermosura de usted... Nunca vi una mujer tan linda. Los labios sobre todo...

—Aquí están mis labios.

Y levantándose con una deliciosa naturalidad, ofreció al dependiente la miel hiblea de su boca.

El sombrero del misero galán rodó por tierra, el recibo de los alquileres desapareció sin dejar la menor huella de su paso por este pícaro mundo, y la hermosa Elena sintióse levantada en alto por unos brazos vigorosos que la conducían a una habitación inmediata, cuyo mobiliario, visto entre dos grandes cortinas de terciopelo, debió proporcionar al enardecido dependiente, la orientación que requería aquella súbita marcha en aras del amor.

Cuando el caballero se vió obligado á dejar en el suelo su preciosa carga, volvió á sonreír ésta, aunque mejor fuera decir

que acentuó su perenne y tentadora sonrisa, y le dijo:

—Puedes retirarte.

—¿Hasta cuándo? —preguntó el dependiente contemplándola arrobado.

Elena le dirigió una nueva mirada llena de promesas enloquecedoras.

—Hasta el mes que viene, pero no se te olvide el recibo.

José MOREIRA

**La boda del viejo** — Algunos hombres gastados —agregó don Teodoro— encuentran en el dolor

de la mujer un extraño acicate de voluptuosidad, y para éstos, no hay nada tan excitante ni tan excelsamente apetecible como una mujer hermosa que, no queriendo entregarse, llora, y se defiende.

Este capricho es uno de los móviles que más fuertemente impulsa hacia el altar á los solterones recalcitrantes: el torcido deseo de exaltar su pasión con los sufrimientos de la virgen que la religión y la ley le abandonan...

Yo no soy así, ni he padecido esos en-

fermizos desvaríos de neurasténico, y el cariño que Petra, mi mujer, me inspiró fué un amor vehemente, sí, pero siempre sano y honesto. Por eso para ella la novela de nuestro matrimonio no tiene esa primera página dolorosa que todas las mujeres casadas deletraron con los ojos arrasados en lágrimas.

—Y, ¿cómo se efectuó el milagro? —preguntamos.

—Merced á un boticario amigo, gran conocedor del mundo y muy ducho en eso que podríamos llamar química amorosa ó de tócador... Pues bien —prosiguió don Teodoro tras una pausa elo-

## CAPRICHOS



—A mí, cuando voy embarcada me agrada mucho pascat por la proa.  
—Pues hija, á mí me gusta más, por la popa.



cuenta de actor consumado—; el día de mi boda lo celebramos con un opíparo festín, al que asistieron mis mejores amigos; después de comer empezó el baile, y al fin, ya de madrugada, nos quedamos solos mi mujer y yo. Petra, la pobrecita, estaba inocente de todo, porque yo tuve especial cuidado en que nadie fuese á alarmlarla con ninguna de esas indecorosas tercerías con que las madres suelen amargar en sus hijas los prolegóme-

nos de la célebre noche... Mi mujercita se había sentado enfrente de mí, esperando á que yo hablase: sobre el veladorcillo del gabinete humeaba un riquísimo café servido en dos tacitas de porcelana japonesa. —¿No te acuestas? —pregunté. Ella, sin responder, empezó á desnudarse. Entonces, aprovechando un momento en que estaba de espaldas, mezclé en su café una regular poción de protóxido de ázoe... Substancia que, como

sabéis, tiene la propiedad de producir un sueño durante el cual la persona dormida sonríe continuamente. ¡Ah!... Y no podéis imaginaros cuán encantadora me pareció después la pobre niña; reclinada sobre la colcha azul del lecho, ofreciéndose á mi pasión sin sufrimiento, soñando tal vez con algo muy grato, puesto que mi amoroso celo cuidó de suprimir la parte brutal de la iniciación, y concediéndome sonriendo lo que todas las infelices recién casadas otorgan llorando...

¡Qué hermosa ceguedad la de don Teodorol... Porque en aquel momento las miradas de todos los allí reunidos convergieron en Alberto, el primer amante de Petra .. el que la sirvió la primera poción de protóxido de ázoe .. su verdadero iniciador.

Jacinto CARMÍN

## ...Y VAMOS TIRANDO

El hijo de un tal Macía  
de dormilón tiene fama;  
y su hermana le decía:  
—¡Cualquiera, al verte, diría  
que á ti te han hecho en la cama!

Antonio GASCÓN



El marido.—¿Pero qué haces, mujer?

Ella.—Voy á matar esta hormiga, que no hace más que cequetear con todos los hormigos que pesan.

El.—¿Y en que conoces que es macho ó hembra?

Ella.—En el modo de insinuarse.

## SUCEDIDO...

Al terminar mi visita  
dijo la hermosa Isabel,  
que hace cuatro meses sufre  
las penas de la viudez:

—No se olvide de esta casa,  
donde se le quiere á usted;  
pásese usted por aquí  
siempre que le venga bien.

Tomás CAMACHO

**La mancha** Por mi fe, que es rigurosamente exacto lo que voy á contar. En una de las frecuentes malas épocas de mi vida, yo estuve á punto de casarme por un anuncio.

En *El Liberal*, leí:

«Joven de veintitrés años, rica, educa-



*El camarero.*—Tienes que tratar con más respeto á los parroquianos. Antes, estabas leyendo LA HOJA DE PARRA mientras echabas café.

*El echador.*—¡Cuidado! Las cosas como son: cuando leía LA HOJA, echaba leche.

ción esmerada; desea casarse. Tiene una mancha. Dirigirse... etc.»

Y ni corto ni perezoso, confiándome al destino, escribí, me contestaron, y, al cabo, fui una tarde al pisito que la «interesada» habitaba en la calle de San Onofre.

Iba decidido á casarme, á acabar de una vez mi bohemia dura, de privaciones y trabajos.

Cuando llegué, una dama salió á abrirme la puerta. Yo la pregunté:

—¿La señorita Lola F.?

—Servidora de usted.

Me condujo al salón. Era una mocetona hermosísima: alta, gruesa, elegante, con ojos admirables de virgen egipcia. Después de sentarnos los dos en un sofá, em-

pezamos á hablar. Ella me refirió su historia: era hija de un militar que murió en la segunda guerra civil; su madre también había fallecido; toda su cuantiosa fortuna la debía á un tío suyo millonario, que murió en Buenos Aires. Luego, quiso hablar de su secreto, «de la mancha», á que aludía el anuncio del periódico. Pero yo la interrumpí:

—Señorita... nó diga usted nada acerca de eso. Sería someterme á un tormento cruelísimo. Yo la acepto á usted sin condiciones.

—Agradezco mucho su caballeresca cortesania, pero no quiero que nunca se arrepienta usted de haberme conocido. Necesito que lo sepa usted todo. Yo fui seducida por un negro...

Yo apenas pude reprimir un gesto de disgusto, pareciéndome que la «mancha» de mi prometida se oscurecía y agrandaba. No obstante, respondí galantemente, y con estudiada cortesía:

—Señorita, comprendo los sufrimientos

## BUENOS COMPAÑEROS



*El.*—Bien, no tengo inconveniente en ayudarte á limpiar el cuarto de la señorita, pero después, tenemos que sacudir el polvo en el cuarto del señor.

de usted, á quien desde luego supongo irresponsable de la caída. ¿Qué puede una débil mujer contra un negro enamorado?... Además, el hecho siempre es el mismo; el color del amante, importa poco.

—Es que de aquel tropiezo —prosiguió Lola, bajando los ojos—, nació un niño...

—¿Negro, también?

—Sí, señor... ¡El hijo del crimen!... Negro y pequeñín como una libra de chocolate...

Yo entonces volví á fruncir el entrecejo: «la mancha» continuaba obscureciéndose.

—Después de aquel niño, que se llamaba Domingo, como su padre, nació otro, también varón.

Mi confusión era tal que ya no sabía qué decir; la estupefacción me agarrotaba la garganta y me limité á abrir la boca y arquear las cejas.

—¿Y luego?— pregunté tras breve pausa.

—Luego —repuso Lola—, nacieron otros dos.

—¿Y viven todos, señorita?

—Todos, sí, señor. Y en ellos cifro mi mayor orgullo.

Y levantando la voz empezó á llamar...

—¡Domingo... Panchito!...

Yo, comprendiendo que el Sudán se me echaba encima, me levanté apresuradamente.

—Señorita... —dije— «la mancha» de usted es demasiado negra; yo, francamente, no me atrevo á meterme en tal fregado. Beso á usted los pies...

Félix RECIO

## LA EXPERIENCIA

A la siguiente mañana de haberlos casado el cura,

Rosa á Julio, sonriendo,

muy alegre le pregunta:

—¿Cómo has pasado la noche?

Yo mejor que otra ninguna.

¿Y tú, vida de mi alma?

—Yo, pichón... ¡como otras muchas!

A. Serra CUBELLS

LO QUE DICEN LAS MUJERES, SEGUN DONDE SE LAS PELLIZCA



—¡Suelta, suelta!



—¡Cochino!

## Los timos del amor

Bruselas pretende arrebatará París el centro de la galantería y de lo raro; aquí también, como en la perla del Sena, acontecen lances inauditos, complicaciones destornilladas y *volevidescas*, que inspirarían estupor si antes no moviesen á risa.

Días pasados el marqués de Q, español y muy mujeriego, había salido de su casa

De pronto pasó una... (¿cómo lo diremos, lector, para no escribir palabras mal sonantes?) una *alquilable*, gallarda y graciosa, vestida con un traje gris y adornada la rubia cabeza con un sombrero rojo.

Verla el marqués y sentir que sus pies vagabundos se le iban tras ella, fué obra de dos ó tres segundos. La joven, al comprender las intenciones temerarias del galanteador, sonrió, haciendo con la cabeza un signo de beneplácito y consentimiento. El marqués la abordó:

—¿Acepta usted mi compañía?

Ella repuso, misteriosa:

—Aquí, no; venga usted.

El obedeció, y siguiendo una calle transversal llegaron á la esquina de un señero y mal alumbrado callejón.

—¿Dónde iba usted ahora? — preguntó Q.

—A mi casa.

—¿La esperan á usted?

—Para cenar. Pero no importa; soy casi libre.

—¿Soltera tal vez?

—Mejor que eso.

—¿Viuda?

—Mejor aún; casada.

El marqués sorprendido agradablemente por esta circunstancia que le permitía poner en ridículo á una tercera persona, se había ladeado ja-

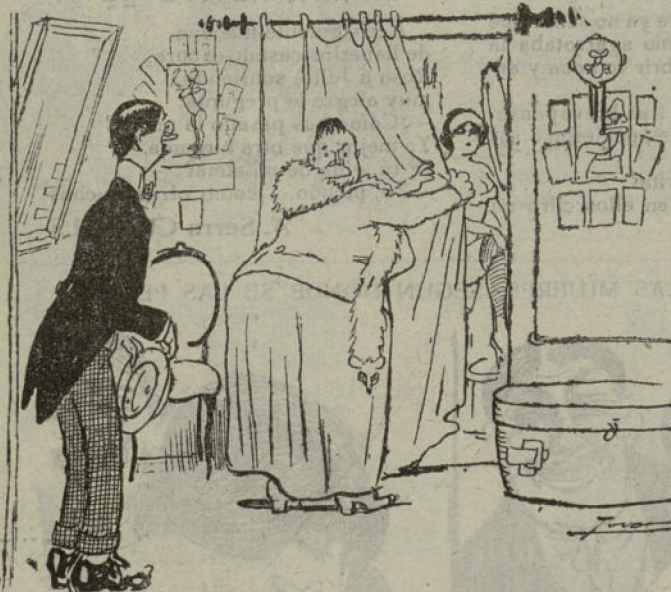
quetonamente sobre una oreja su sombrero de copa. La joven, prosiguió:

—Soy casada, pero mi esposo es un ecléctico tolerante, un poco distraído... que jamás me pregunta de dónde vengo.

—¡Ah, vamos, sí!...

Y sonreía discretamente, como queriendo cortar con aquella sonrisa las explicaciones que, acerca de su familia, iba dándole la gentil desconocida: de donde yo concluyo que el marqués pertenece al número de esos espíritus que po-

### EN EL CAMERINO



El pollo.—¿Se puede?

La mamá.—Hasta la pared de enfrente; ¡no faltaba más!

El pollo.—Es que... como yo soy algo corto...

La mamá.—Amigo, eso ya no es cosa nuestra.

á pie y paseaba lentamente por las calles céntricas, alegres, mundanas, propicias al *flirt*. Eran las ocho de la noche; los transeúntes se tropezaban sobre las aceras, demasiado angostas para tan abundante muchedumbre; las *terrazas* de los cafés resplandecían bajo los focos eléctricos; de los talleres salían millares de obrerillas, jóvenes, risueñas, precoces que, conociendo la turbación que su verde edad inspira á los viejos, caminaban volviendo á cada momento la cabeza.



—Mamá, mira cómo tengo este zapato.

—¿Y á mí qué me dices, hija mía? Enséñaselo á tu marido, á ver si se le ablanda el corazón y te compra otros.

—Si se lo enseño, no se le ablanda; conozco bien á mi marido.

seen el raro sentido de «hacerse cargo.»  
Bruscamente la joven murmuró haciendo un movimiento de terror:

—¡Mi marido!

Un coche pasaba. El marqués, á quien la costumbre de vivir había enseñado á conservar la sangre fría, exclamó:

—Vente á ese coche.

Ella replicaba, bajando la cabeza y tapándose la cara con un pañuelo:

—¡No, no!... ¡Mi marido!

Pero el marqués, cogiendo á la joven por un brazo, la precipitó dentro del vehículo. El cochero, que por ir distraído nada había visto, detuvo el caballo.

—¿Dónde vamos, señor?

—Ve por donde quieras.

Ya dentro del «dulce *simón*», el marqués quiso abrazar á la joven, mas ella le contrujo, petrificándole con una sola frase.

—¿Qué has hecho, desgraciado?—exclamó—; el hombre que va en el pescante es mi marido.

Q creyó morir. ¿Como salir de tan espantable atolladero? El vehículo rodaba, rodaba, dando vueltas y más revueltas por

la ciudad; transcurrieron dos horas, tres, cinco... ¡eran las dos de la madrugada! El marqués presentía que el caballo, aspeado, iba á pararse de un momento á otro. Ella tuvo una idea salvadora.

—Mándale parar delante de una taberna—dijo—; tú te apeas por el lado de la calle, y mientras le pagas, yo abro la otra portezuela y me escondo en el establecimiento. Allí te espero.

Y añadió, siempre práctica:

—Dame veinte francos.

Así lo hizo el marqués. Luego mandó detener el coche y la joven pudo escabullirse. Pero Q no había contado con la huéspedea, y fué que el cochero, animado, sin duda, por la buena propina que acababa de recibir, quiso beber una copa. El marqués contestó desfallecido:

—Yo, también tengo sed.

Penetraron en la taberna. Allí, acodada



—¡Qué atrocidad! ¡Si se puede hacer una trenzal

sobre una mesa, estaba *ella*. El auriga exclamó:

—¡Hola! ¿Eres tú? ¿Quieres venirme á casa?

La joven repuso risueña:

—Vámonos.

Y se fueron. El marqués furioso, se dejó caer sobre una silla. La broma le había costado dos *luses*.

Luis de OSSA

Bruselas, 9 Junio 1915.

Biblioteca Regional de Madrid

## Las cartas que se re-

### :: trasan...

iba una mañana del viernes próximo paseando por la calle del Príncipe. Acudía á la Lista de Correos, donde esperaba hallar una carta de N...

N. es el primer amante que Pepita ha

Pepita R., una deliciosa burguesita que, yendo por la calle, le habrá hecho á usted, lector, volver la cabeza más de una vez,

tes y encajes, colgados al fondo del escaparate, y las camisas de Valenciennes, llenas de primorosos calados.

— ¡Qué bonito es todo esto! — murmuró la jove pensando en él.

Recordó sus gustos, su afición á los perfumes y á los opulentos interiores... ¿Por qué no engalanarse con cuanto hubiese de mejor para gustarle más?... Pepita penetró en la tienda y compró géneros por valor de trescientas y pico de pesetas. Después, bajando la Carrera de San Jerónimo, se

detuvo mirando unos sombreros de señora: sombreros grandes, con largas plumas y lazos de rico terciopelo y broches de brillantes. Pepita entró en la tienda y se probó algunos, procurando adivinar los gustos de él.

— ¿Preferirá los chambergos? ¿Y los negros á los de color?...

En la duda escogió tres, que encargó llevasen inmediatamente á la calle de...

Cuando la joven llegó á Correos, acababan de dar las diez en el histórico reloj de Gobernación, cuyas manecillas dirige ahora mi antiguo amigo y compañero Santiago Alba. Pepita se estremecía presa

de subidísima inquietud; repasaba mentalmente el programa de las diversiones que habían de adornar con cintillo de placeres las felices horas de aquella tarde: el marido estaba de guardia; N. la citaría en algún café de los alrededores; después irían á la Bombilla, y allí merendarían, sobre la hierba, bajo los árboles que ocultan con sus ramas el cielo justiciero.

Pepita se acercó á la ventanilla de la Lista:

— ¿Hay alguna carta para cédula número... Letra P?

El empleado revisó el casillero por donde pasan y repasan diariamente tantos



*Leyendo.*—...entonces el conde, fuera de sí, se apoderó de la escribanía de plata, y se la tiró á la cabeza. Y al tirársela, lo hizo como un salvaje, como un monstruo... como... *Meditando:* ¡Qué bárbaro! ¿Dónde vivirá este señor?

tenido en cuatro años de matrimonio. Ella, que se defendió heroicamente antes de ceder, le quiere mucho, con pasión loca y fresca que tiene algo de infantil inconsciencia del amor primero; y le quiere tanto más, cuanto que el esposo es uno de esos seres vulgares para quienes la mujer es algo que, como las duchas, deben tomarse con cierto higiénico compás y prudente medida.

Al pasar por uno de esos ricos comercios de ropa blanca que hacen soñar á los adolescentes en tantas cosas dulces y calladas, Pepita se detuvo contemplando los pantaloncitos sedefos cargados de volan-



Ella (llorando).—No se puede discutir contigo! Ni por galantería consientes en que yo quede encima una vez... En cambio yo, no me opongo nunca...

centenares de negocios y de amores misteriosos, y volvió diciendo:

—No hay nada.

Pepita creyó que le echaban por entre los homóplatos un chorro de agua helada.

—¡Es raro! ¿Está usted seguro?

—Segurísimo, señora.

El empleado dió media vuelta, como queriendo cortar la conversación, y la joven se halló aturdida y en la calle. ¡Qué dolor el suyo!... N. la olvidaba. ¿Para qué adornarse si nadie había de verla?... Pepita empujó la puerta de la tienda de sombreros de la Carrera.

—No mande usted los sombreros que encargué—dijo;—necesito pensarlo mejor.

—Bien, señora...

El comerciante, acostumbrado á las eternas mudanzas femeninas, contestó sin enfadarse. Luego Pepita fué á la tienda de ropa blanca.

—Las camisas y los pantalones que dejé encargados, no me los envíe usted hasta nueva orden.

—Perfectamente, á los pies de usted...

Por la tarde, poco después de las cuatro, Pepita, atraída por un vago presentimiento que henchía su corazón de fuerte y consoladora esperanza, volvió á *Lista de Co-reos*.

—¿Hay algo?

—Sí, señora; la carta que usted esperaba llegó en el correo de las dos de la tarde.

Pepita, enagenada de contento, rompió el sobre. La carta decía:

«Adorada mía: Te espero mañana á las cinco, donde estuvimos la última vez. ¿Recuerdas? No faltes; estoy loco por ti; te comeré á besos. Tuyo, N».

—¡Mañana!—repitió Pepita;—es decir... ¡hoy!...

Consultó su reloj; faltaban veinte minutos para las cinco.

—¡Ya no tengo tiempo de vestirme bien!—pensó.—¡Sin la contraorden que di!

Pero su alegría triunfaba.

—¡Bueno!—exclamó;—¿qué importan los detalles?...

Merced á esta sencilla estratagema la Fatalidad, que tantos golpes va descargando sobre la enramada frente del pobre don Hipólito, le ha reembolsado de las quinientas pesetillas, largas de talle, que su mujercita pensaba malgastarle en pantalones y sombreros.

Fernando AMADO



La verdulera.—¡Pepinos pa la ensalada!  
El transeunte.—¡Ay! ¿Nada más que para la ensalada?

Agentes exclusivos en Sud América,

MASSIP Y PAJARES

RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA

*Si ya no lo hizo, compre hoy*

**Belmonte, el misterioso**

EL TORERO DEL DIA

(SU VIDA Y SU ARTE)

por GOMEZ-HIDALGO.

Prólogo de DON MODESTO

Con ilustraciones y portada á tres  
tintas de RICARDO MARIN

50 CÉNTIMOS

---

**CIEN PLAZAS**  
á Oficiales 5.<sup>os</sup> de Hacienda  
**APUNTES COMPLETOS**  
POR D. FRANCISCO ESPINOSA

Oficial en la Subsecretaría del Ministerio de Hacienda

**APARECERAN EN SEGUIDA**

El comprador de estos APUNTES tiene derecho á consultar gratis al autor, sin envío de sello, cuantas dudas se le ocurran, escribiéndole al Apartado de Correos, 547.

*Precio: 15 pesetas*  
LA OBRA COMPLETA  
Los pedidos, acompañados de su importe, á EL LIBRO POPULAR.—Madrid. = =